

LUIS DEL PINO

# LA DICTADURA INFINITA

*La evolución autoritaria de un Occidente  
cobarde y cansado de sí mismo*

la esfera  de los libros

# Índice

<i>Prólogo</i> .....	13
----------------------	----

## PRIMERA PARTE

### DE KABUL A KABUL PASANDO POR ROMA

Muerte accidental de un camionero .....	21
La orden 101 .....	24
Guerra de las Galaxias .....	25
Solidaridad o el inicio del fin .....	28
El farol que derrotó al comunismo .....	32
Grandes esperanzas... frustradas .....	33
Un error de perspectiva .....	36
Los buenos ganan, o no .....	39
A Dios le gustan los escarabajos .....	41
El Imperio americano .....	44
Recuerdos de Roma .....	46
Los perdedores de la globalización .....	50
Un niño de papá .....	52
Rompiendo el consenso constitucional .....	53

La venganza .....	56
¿Cómo funcionaba el sistema? .....	58
Gastos electorales .....	63
La batalla por el control de los tribunales .....	69
El Estado asistencial .....	72
Las bandas de la porra .....	78
Al final, las legiones .....	81
¿Y Kabul? .....	83
Parecidos razonables .....	85
Trampas de asfalto .....	89
Dientes de sable .....	91
Evolución convergente .....	92

## SEGUNDA PARTE LOS AGOREROS

Muerte accidental de un violonchelista .....	99
El inesperado <i>bestseller</i> .....	101
Todo está mal .....	104
¿Qué era lo que sostenía Spengler? .....	108
El reaccionario antinazi .....	110
Humillando al Führer .....	112
El ostracismo .....	115
¿Cuáles son las épocas equivalentes? .....	117
¿Acertó en algo Spengler? .....	120
El legado de Spengler .....	122
¿Quién no conoce esa frase de Churchill? .....	125
Chatham House .....	127
El cerebro nada gris .....	128
La Sociedad de Naciones .....	130
Charlando con nazis .....	134
El cambio pacífico .....	136

El historiador prolífico .....	139
Evolución de una sociedad .....	142
Crecimiento de las sociedades .....	144
Tiempos revueltos .....	146
El hombre del momento .....	148
El adelantado progre .....	151
Dos genios y dos elitismos .....	154
¿Quién tiene razón? .....	157

TERCERA PARTE  
ERRORES DE NUESTROS PADRES

Muerte accidental de un aviador .....	165
Cristales rotos .....	167
Conferencia en Evian .....	168
Judíos de rodillas .....	171
El barco más triste del mundo .....	173
Creo que no, Fred .....	175
¿Y si el apaciguamiento hubiera triunfado? .....	178
Paz o libertad .....	182
Vuelta a la casilla de salida .....	185
Los papeles de Xinjiang .....	188
Un genocidio en marcha .....	198
A nadie le importa .....	200
El Foro de Davos .....	202
El chico de moda .....	204
El triunfo de Toynbee .....	207
Autoritarismo climático .....	211
Hijos del Club de Roma .....	215
Evitar otro Reagan .....	221
Empobreciendo a Occidente .....	223
La cruzada de Greta .....	226

La culpa es nuestra .....	229
Aprovechando la pandemia .....	232
<i>Rednecks</i> .....	235
La trivialización de los derechos .....	237
Banderas rojas rotas .....	243
La democracia en retroceso .....	245
Alabamos a China .....	247
Tantas ausencias .....	249
La nueva Ruta de la Seda .....	252
El gobierno del mundo .....	254
Pero ¿por qué? .....	258
El imperio puede esperar .....	261
Susto o muerte .....	264

## EPÍLOGO

### LOS CRONOTERRORISTAS

Muerte accidental de un anarquista .....	269
El criptogobierno .....	273
Las nuevas legiones .....	278
Recuerdos de Sumeria .....	282
La memoria de la piedra .....	285
Tú, exaltado funcionario .....	289
Como lágrimas en la lluvia .....	293
¿Cómo nos verán en el futuro? .....	295
Los cronoterroristas .....	297
<i>Lecturas adicionales</i> .....	303
<i>Créditos de las ilustraciones</i> .....	309

## Prólogo

Cuando uno empieza la escritura de un libro en el que trata de adivinar cómo evolucionarán las cosas, supone que el futuro puede terminar dándole la razón. Lo que ya es más difícil de prever es que el futuro acabe corroborando sus tesis antes incluso de finalizar el libro: comencé a escribir estas reflexiones tras la toma de Kabul y las terminé de rematar mientras las bombas rusas caen sobre Kiev.

Para aquellos que vivimos en su día la caída del Muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética, la situación actual nos plantea un enigma sorprendente: ¿cómo es posible que el mundo occidental, que había salido victorioso de la Guerra Fría, haya terminado perdiendo la partida ante las fuerzas antidemocráticas, tanto internas como externas? ¿Cómo es posible que la propia democracia liberal esté dando cada vez más muestras de colapso en Occidente, mientras en el resto del planeta resurgen con fuerza los totalitarismos que creíamos derrotados?

Ese es el enigma que pretendía abordar en este libro. Un libro que empecé a escribir con un ánimo pesimista y que terminé de cerrar con una sensación más pesimista aún.

Les invito a acompañarme en un pequeño viaje por la historia, en el que podrán comprobar que no hay nada nuevo bajo el sol, que no estamos viviendo nada que otros seres humanos no hayan vivido anteriormente, que no estamos afrontando ningún problema que no hayan afrontado ya las generaciones pasadas.

Las sociedades humanas son enormemente diversas, es verdad. Pero lo que no lo es tanto es la naturaleza humana: seguimos siendo iguales, en lo fundamental, a quienes vivieron en otros tiempos y en otras latitudes. Las mismas ambiciones, las mismas miserias, las mismas luchas por el poder y el dinero, las mismas pulsiones destructivas...

Por mucho que nos guste pensar lo contrario, las palabras de Mitridates, recogidas por el historiador romano Salustio hace veinte siglos, están hoy más vigentes que nunca: «No es verdad que los hombres y los pueblos anhelan libertad; la mayoría se conforma con tener un amo benévolo». Pero los amos benévolos son la excepción, no la norma. Hoy, como ayer, quien tiene dinero desea poder. Quien tiene poder, anhela el dinero. Y quien tiene las dos cosas, se complace en demostrar que su voluntad está por encima de las leyes y de los demás seres humanos. Nada ha cambiado, a ese respecto, desde que los sumerios construyeron la primera civilización de la historia, hace 5.500 años.

Los seres humanos, tanto amos como esclavos, siguen siendo iguales a sí mismos. Nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestras preocupaciones y nuestros desahogos son iguales hoy que en la Roma republicana o en la China de la dinastía Zhou. No es extraño, por tanto, que las distintas civilizaciones y épocas presenten a veces extraordinarias similitudes, a pesar de contar con evidentes diferencias.

En las páginas que siguen, echaremos la vista atrás para tratar de ver qué hicieron otros pueblos, otras sociedades, enfrentados a los problemas que atenazan hoy en día a la civilización occidental.

Y veremos que, para nuestra desgracia, Occidente está volviendo a cometer los mismos errores del pasado. Lo que quiere decir que, quizá, no podamos evitar los desastres que ya demostraron en su día ser consecuencia de dichos errores.

Me gustaría decir lo contrario, pero estoy convencido de que la democracia en Occidente está condenada a desaparecer en un plazo de tiempo no muy largo. Y lo está porque, como veremos, sus propias élites experimentan hoy la misma evolución autoritaria que hace dos mil años condujera al colapso de la República romana. Y porque Occidente carece ya de las ganas y de la fuerza para imponerse a los totalitarismos resurgentes. Unas élites que no creen de verdad en la democracia, que la contemplan más como un obstáculo que como un marco deseable de juego, ya no pueden ver en los totalitarismos externos a Occidente ninguna amenaza, sino un modelo a imitar.

Creo que la historia no está escrita, por supuesto. Creo en el libre albedrío. Y creo también que cada ser humano tiene una influencia en la marcha de los acontecimientos mucho mayor de lo que él mismo se imagina. Pero también creo que los esfuerzos individuales no necesariamente tienen éxito cuando la corriente social empuja en una dirección diferente. Como afirma una frase comúnmente atribuida a Victor Hugo, pero que en realidad es de Gustave Aimard: «Nada hay más poderoso que una idea a la que le ha llegado su tiempo». Pero, a la inversa, nada puede resistirse a esa idea a la que le ha llegado su tiempo, ni siquiera la voluntad individual, y cuando esa idea nos empuja al precipicio, cuando el espíritu de los tiempos es el de la autodestrucción, pienso que quizá no podamos hacer nada quienes intentamos frenar la carrera hacia el abismo.

Cuando termine usted de leer el libro y vuelva su vista hacia Ucrania, y vea cómo Occidente ha repetido los errores del pasado, permitiendo a la Rusia de Putin invadir a su vecino, creo que compartirá mi pesimismo.

*Sobre la estructura del libro*

Esto no es un libro de historia, sino de historias. Y por esa razón no tiene capítulos, sino pequeñas secciones enlazadas. Doce años de experiencia radiofónica me han enseñado que las ideas siempre se transmiten mejor por separado y con ejemplos. A veces, es incluso conveniente ni siquiera expresar esas ideas, sino limitarse a sugerirlas. Y dejar que el lector o el oyente lleguen a sus propias conclusiones.

Pero no se trata de secciones independientes. Esto no es un libro de artículos que uno pueda leer en el orden que prefiera. Cada una de las secciones carece de sentido sin antes haber leído las páginas precedentes. A lo largo de ellas iremos presentando a diversos personajes, los más importantes de los cuales son dos historiadores geniales que se plantearon antes que nosotros la pregunta de si la historia se repite: Oswald Spengler y Arnold J. Toynbee. Los dos simbolizan la pugna entre el optimismo y el pesimismo históricos, entre quienes creen que el espíritu de los tiempos se termina imponiendo y quienes piensan que está en nuestra mano evitar los errores del pasado. Dejo a juicio del lector decidir quién tiene razón en esa pelea.

Pero, al lado de esos dos personajes, irán desfilando por estas páginas muchos otros, algunos más importantes y otros menos, pero todos ellos con su papel, por pequeño que sea, en el teatro de los acontecimientos que iremos relatando.

*Agradecimientos*

Quiero terminar dando las gracias a algunas personas. En primer lugar, a Ymelda Navajo, directora de La Esfera de los Libros, por confiar de nuevo en mí a la hora de publicar un libro, y a mi edi-

tora, Mónica Liberman, por su ayuda en la confección del producto final.

También quiero dar las gracias a mis compañeros y colaboradores de esRadio y Libertad Digital, de los que siempre estoy aprendiendo el oficio del periodismo.

A mi familia tengo que agradecerle que otra vez me haya permitido robarles tiempo para mis asuntos. Siempre estáis ahí para hacer las cosas más fáciles. Especialmente tú, estupendísima suegra.

Y a mi madre y hermanos quiero agradecerles que, en tiempos de tribulación, hayan demostrado que somos una piña.

Por último, agradecer a los oyentes de mi programa *Sin complejos* y a mis seguidores en Twitter y Patreon que tengan la deferencia de seguir aguantándome después de tanto tiempo.

PRIMERA PARTE

DE KABUL A KABUL  
PASANDO POR ROMA

## MUERTE ACCIDENTAL DE UN CAMIONERO

Lo último que podría haberse imaginado Benito Corgi era que le dispararan. No ellos. No los suyos.

Benito era un camionero italiano de treinta y ocho años. Estaba casado y tenía dos hijos adolescentes. Era miembro, como su mujer Silvana, del Partido Comunista Italiano y era conductor en una cooperativa de transporte de ideología comunista, que solía trabajar con los países del Este. Su hija Leila, de diecisiete años, y su hijo Alessandro, de quince, estaban afiliados a la Juventud Comunista Italiana.<sup>1</sup>

El 5 de agosto de 1976, Benito atravesó la frontera de Alemania Oriental hacia Occidente por el puesto de Hirschberg, con un car-

---

<sup>1</sup> La historia de Benito Corgi la relata, por ejemplo, Pertti Ahonen, de la Universidad de Edimburgo, en su artículo *Defending socialism? Benito Corgi and the Inter-German Border*, publicado en 2006 en la web del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Londres. Véase <https://archives.history.ac.uk/history-in-focus/Migration/articles/ahonen.html>



*Ilustración 1. El camionero italiano Benito Corghi.*

gamento de carne. Al llegar al puesto de aduanas de Alemania Occidental se dio cuenta de que se había dejado unos papeles en la aduana del lado comunista, así que aparcó el camión, se bajó y se dirigió andando, en mitad de la noche lluviosa, hacia el puesto fronterizo de Alemania Oriental. Aquello no estaba permitido, así que el cabo de la policía Uwe Schmiedel, de solo veinte años, le ordenó detenerse: «¡Alto, puesto fronterizo, manos arriba!». El italiano, que no hablaba alemán, levantó una única mano, aquella en la que llevaba el cigarrillo que estaba fumando. En la otra portaba la cartera con los documentos.

El guardia germano-oriental le apuntó con su fusil y repitió, gritando, la orden de detenerse. Benito, presa del pánico, se dio la vuelta y comenzó a regresar hacia su camión. El guardia disparó dos tiros de advertencia al aire y, al ver que Benito echaba a correr, le disparó otros tres tiros por la espalda. Una de las balas le alcanzó

en la columna vertebral. Otra le entró por el hombro y le perforó los pulmones, causándole la muerte. En el bolsillo de Benito encontraron las llaves de su camión, en un llavero que lucía orgullosamente la hoz y el martillo.

Benito Corghi no fue el primero en ser abatido por los guardias fronterizos de la Alemania comunista, ni tampoco sería el último. Pero sí fue el primer gran error propagandístico de quienes construyeron y mantenían el Muro. Una cosa es asesinar a sangre fría a quien solo pretende huir hacia Occidente para labrarse un futuro mejor o para huir de la opresión... y otra muy distinta matar a tiros a un militante comunista convencido. A los primeros los puedes tildar de traidores, de espías, de vendidos al capitalismo, de siervos del fascismo... y todos los comunistas del mundo disculparán y justificarán esas muertes. Pero ¿cómo justificar la muerte de Benito?

Hasta el Partido Comunista Italiano condenó la muerte de Corghi. ¿Cómo no iba a condenar el hecho, si era uno de sus militantes? La Federación Comunista de Reggio emitió un comunicado el 6 de agosto pidiendo una investigación:

Uno de nuestros militantes, Benito Corghi, de treinta y ocho años, residente en Rubiera, fue trágicamente asesinado anoche en circunstancias que aún deben esclarecer por completo los guardias fronterizos de la RDA. El camarada Corghi estaba haciendo su trabajo como conductor de la empresa ARA para el transporte de carne desde la RDA a Italia... La Federación Comunista de Reggio pide que el trágico episodio sea investigado a fondo, tanto por las autoridades de la RDA como por las italianas.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> *La Stampa*, 7 de agosto de 1976.

## LA ORDEN 101

Tras unos días de desconcierto y de versiones y justificaciones contradictorias, y tras la petición de explicaciones por parte del gobierno de Italia, las autoridades de Alemania Oriental se vieron obligadas a pedir disculpas, a prometer una compensación económica de 80.000 marcos para la familia de Benito (compensación que nunca llegó) y a declarar que todo había sido un trágico error.

Pero no era ningún error. El asesinato de Benito Corghi era la consecuencia prácticamente ineludible de la burocracia represiva, concretada en la denominada Orden 101.

El Telón de Acero —el Muro con el que la Alemania comunista encerró a sus ciudadanos para evitar que huyeran en masa— cubría de fortificaciones, campos minados y alambradas los 1.393 km de frontera con Alemania Occidental, desde el Báltico a Checoslovaquia. El Muro de Berlín, con sus 155 km de perímetro, era una parte minúscula, aunque enormemente simbólica, de aquel Telón de Acero.

Los 50.000 policías y soldados que protegían el Muro por el lado de Alemania Oriental se regían por la denominada Orden 101 a la hora de garantizar que nadie (ni siquiera los niños) pudiera huir del «paraíso comunista»:

- Había que dar primero el alto a quienes intentaran huir hacia el oeste.
- Si no se obedecía la orden de alto, efectuar un disparo de advertencia.
- Si la advertencia era ignorada, disparar a las piernas.

Así, en teoría, las órdenes que tenían los guardias fronterizos eran mantener a los germano-orientales dentro de su cárcel del este, pero sin recurrir para ello a métodos letales.

Pero la burocracia de la represión no funciona así, sino según el principio de «sálvese el que pueda». Y mientras que el guardia fronterizo que lograba abortar un intento de fuga era recompensado con permisos, el que no conseguía detener una huida podía enfrentarse a unos años de cárcel en la prisión militar de Schwedt. Así que la mayoría de los guardias optaban por asegurarse de que nadie escapara.

No existen datos fiables, porque el régimen comunista se encargaba de mantener en secreto la muerte de toda persona que intentara huir hacia el oeste, llegando incluso a prohibir a las familias la publicación de esquelas, pero se calcula que entre 300 y 1.000 personas murieron intentando escapar a lo largo de cuatro décadas, tratando de «saltar el Muro».

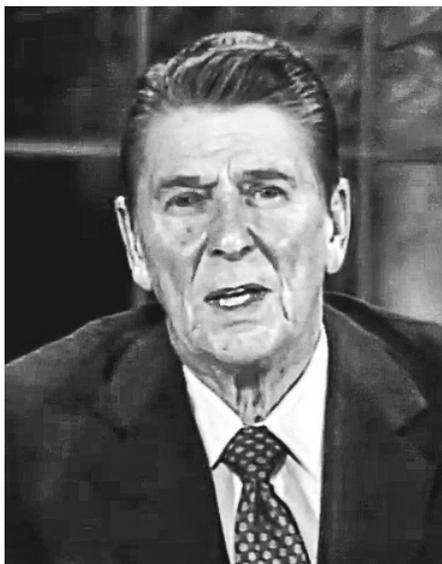
Benito Corghi, aquel comunista italiano, fue una víctima más, una víctima especialmente paradójica, no directamente de la Orden 101, sino de su traslación práctica. Una víctima de los castigos que esperaban a los guardias fronterizos que no impusieran a toda costa el mandato contenido en el espíritu de la orden: impedir como fuera necesario que nadie escapara hacia la libertad.

El cabo Uwe Schmiedel y su inmediato superior, el teniente coronel que había ordenado disparar contra Benito Corghi, fueron recompensados, por ejemplo, con una medalla y una bonificación por su actuación. Aunque hay que decir que también hubo muchos vigilantes fronterizos que optaron por huir ellos mismos del horror: se calcula que unos 2.500 desertaron hacia Occidente. Otros 5.500 fueron capturados durante el intento. Un número indeterminado fue abatido por sus compañeros.

## GUERRA DE LAS GALAXIAS

El año 1983 marcó el inicio del fin de la Guerra Fría. Y del Muro.

El 23 de marzo de aquel año, el presidente americano Ronald Reagan anunciaba, en una declaración solemne a la nación, el lanzamiento de la Iniciativa de Defensa Estratégica, un proyecto popularmente conocido con el nombre de Guerra de las Galaxias.<sup>3</sup>



*Ilustración 2. Ronald Reagan en su discurso a la nación del 23 de marzo de 1983.*

Sé que todos ustedes quieren la paz, como yo la quiero. Sé también que muchos de ustedes creen verdaderamente que una moratoria nuclear impulsaría la causa de la paz. Pero una moratoria ahora haría que estuviéramos menos seguros, no más, e incrementaría, en vez de reducir, el riesgo de una confrontación bélica. La moratoria sería,

---

<sup>3</sup> Puede consultarse el texto completo de aquel fundamental discurso a la nación en los archivos de la Biblioteca Reagan. Véase <https://www.reaganlibrary.gov/archives/speech/address-nation-defense-and-national-security>. La versión en vídeo está disponible en el correspondiente canal Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=srtgQdpdArE>

en buena medida, no verificable y socavaría gravemente nuestras negociaciones de reducción armamentística.

(...)

¿Qué sucedería si el mundo libre pudiera vivir seguro, sabiendo que su seguridad no descansa en la amenaza de una represalia instantánea de los Estados Unidos para detener un ataque soviético, si supiera que podemos interceptar y destruir los misiles balísticos estratégicos antes de que alcanzaran nuestro propio suelo o el de nuestros aliados?

(...)

Compatriotas americanos, esta noche estamos poniendo en marcha una iniciativa que promete cambiar el curso de la historia humana. Se correrán riesgos y hará falta tiempo para obtener resultados, pero estoy convencido de que podemos hacerlo. En el momento de cruzar este umbral, os pido vuestras oraciones y vuestro apoyo.

Hasta entonces, el equilibrio de poderes entre los bloques americano y soviético se asentaba en la doctrina de la Destrucción Mutua Asegurada:<sup>4</sup> «Tú tienes suficientes armas atómicas y yo lo sé. Yo tengo suficientes armas atómicas y tú lo sabes. Por tanto, los dos sabemos que una guerra terminaría con la destrucción de ambos. En consecuencia, a los dos nos conviene no iniciar un conflicto».

Ronald Reagan lanzó su proyecto de Guerra de las Galaxias para superar esa doctrina y acabar con el *impasse*, con el empate infinito de la Guerra Fría. La idea era aprovechar la superioridad tecnológica y económica de Estados Unidos para desarrollar un escudo invulnerable de protección frente a los misiles nucleares soviéticos. Disponiendo de ese escudo, toda la potencia nuclear de la Unión Soviética sería completamente inútil y Estados Unidos obtendría una superioridad militar incuestionable y definitiva.

---

<sup>4</sup> MAD: Mutually Assured Destruction.

Con ese escudo antimisiles, la destrucción en caso de guerra nuclear ya no sería mutua: tan solo sería destruida la Unión Soviética. Reagan lanzó a los soviéticos el mensaje de que ahora sí que iba a empezar en serio la carrera armamentística.

Algunos estudios publicados cifraban en hasta ¡800.000 millones de dólares! la inversión en el desarrollo de ese escudo antimisiles, una cantidad de dinero que la Unión Soviética, ya suficientemente asfixiada desde el punto de vista económico, no hubiera podido igualar ni en sus mejores sueños.

La muerte en 1984 de Yuri Andropov, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, y el ascenso al poder de Mihail Gorbachov en 1985 abrieron la puerta al reconocimiento de la realidad: la Unión Soviética tenía perdida la carrera armamentística antes de empezar. Y lo único que quedaba por hacer era reconocer que se caminaba hacia un nuevo *statu quo* en el que el papel predominante de Estados Unidos sería ya indiscutible. Y tomar las medidas necesarias para ejecutar una transición lo más ordenada posible hacia esa nueva situación, tratando de preservar cuanto se pudiera los intereses rusos (rusos, no soviéticos) y de evitar el colapso total.

Si eso exigía dejar caer algunos de los regímenes comunistas que componían el Pacto de Varsovia, que así fuera.

## SOLIDARIDAD O EL INICIO DEL FIN

En 1988 el sindicato católico polaco Solidaridad, fundado por Lech Walesa en septiembre de 1980 y al que llegaron a estar afiliados uno de cada tres trabajadores polacos, convocó una serie de huelgas generales para forzar al gobierno comunista a celebrar elecciones libres. Las huelgas tuvieron un seguimiento masivo.

La Unión Soviética no intervino.



*Ilustración 3. Lech Walesa, fundador del sindicato polaco Solidaridad.*

Esa misma Unión Soviética que había aplastado a sangre y fuego las revueltas de Alemania del Este en 1953, la revolución húngara en 1956 y las protestas en la propia Polonia también en 1956... esa misma Unión Soviética que invadió Checoslovaquia en 1968 para poner fin a la Primavera de Praga optó en esta ocasión por no intervenir. Los tiempos habían cambiado. Había que aceptar la derrota.

Y el gobierno polaco, no atreviéndose a aplastar la revuelta por su cuenta mediante la represión, se avino a negociar con Solidaridad la convocatoria de unas elecciones parcialmente libres: los polacos fueron convocados a votar el 4 de junio de 1989, para elegir los cien miembros del Senado y 161 de los 460 miembros del Congreso (el 65 por ciento de los escaños del Congreso quedaba reservado para el Partido Comunista y sus dos partidos satélites, con el fin de asegurarse el control).

Pero el resultado de aquellas elecciones solo parcialmente libres fue tan demoledor que acabó de un plumazo con el gobierno comunista: Solidaridad (convertido en plataforma política) consiguió 99 de los 100 escaños del Senado y todos los escaños en disputa del Congreso, los 161. Tan abrumador fue el resultado, tan deslegitimado quedó el gobierno comunista, que el presidente polaco Jaruzelski se vio forzado el 16 de agosto a nombrar como primer ministro a Tadeusz Mazowiecki, el candidato de Solidaridad. El régimen comunista había muerto en Polonia. Solo faltaba enterrarlo.

Mientras tanto, en el resto del Bloque del Este, la descomposición del Pacto de Varsovia había ido haciéndose cada vez más visible a lo largo de aquel año de 1989.

Hungría había comenzado en junio a dismantelar su sección del Telón de Acero, y el 19 de agosto tuvo lugar (a iniciativa de políticos austriacos y del propio primer ministro húngaro) el denominado Picnic Paneuropeo, en el que se convocó a la gente a celebrar un picnic en la frontera con Austria y se procedió a abrir el paso fronterizo, con el fin de testar la reacción de Gorbachov. No hubo reacción alguna, con lo que se lanzó el mensaje de que ya era posible salir libremente de la Europa del Este.

El 21 de agosto se celebraba una manifestación en Checoslovaquia para conmemorar el vigésimo primer aniversario del aplastamiento de la Primavera de Praga por los tanques del Pacto de Varsovia.

El 23 de agosto dos millones de personas formaban una cadena humana a lo largo de los tres países bálticos en la órbita de la Unión Soviética (Estonia, Letonia y Lituania) para reclamar la independencia. Ese mismo día, Hungría anunciaba el dismantelamiento de los controles fronterizos con Austria y el 10 de septiembre abrió esa frontera a los refugiados procedentes de Alemania del Este.

El 30 de septiembre, el gobierno checoslovaco autorizaba a cruzar hacia el oeste a 7.000 refugiados procedentes de Alemania

Oriental. El gobierno germano-oriental respondería cerrando tres días más tarde la frontera con Checoslovaquia, para evitar la huida en masa de sus ciudadanos hacia Occidente.

El 9 de octubre se iniciaban las «Manifestaciones de los Lunes» en Leipzig (Alemania Oriental) contra el gobierno comunista. 70.000 personas se dieron cita en aquella ocasión, a pesar de las amenazas del gobierno germano-oriental de usar la fuerza contra los manifestantes. Al siguiente lunes, el número de manifestantes había subido a 120.000. El secretario general del Partido Comunista de Alemania Oriental, Erich Honecker, presentó su dimisión dos días más tarde, el 18 de octubre.

Ese mismo 18 de octubre el Parlamento húngaro aprobaba restaurar la democracia.

El 1 de noviembre, el gobierno de Alemania Oriental reabría la frontera con Checoslovaquia. Dos días después comenzaban a llegar a Alemania Occidental los primeros refugiados procedentes del este, atravesando el territorio checoslovaco.

El 4 de noviembre medio millón de personas se manifestaban en Berlín Oriental contra el gobierno comunista. El 7 de noviembre dimitía el gobierno de Egon Krenz, que había sustituido al de Erich Honecker veinte días antes.

Y el 9 de noviembre, finalmente, un alto cargo del Partido Comunista de Alemania Oriental afirmaba en una rueda de prensa que se iban a levantar las restricciones de movimiento entre las dos Alemanias. Esa misma tarde se abrirían los controles fronterizos en la capital alemana.

De esa forma caía el Muro de Berlín, poniendo término a la Guerra Fría después de veintisiete años, dos meses y veintisiete días. La gente se lanzó en masa a derribar físicamente aquel Muro odioso. Todavía debe de andar por casa de mi madre un pequeño trozo del Muro de Berlín que nos trajo como *souvenir* un amigo de la familia que visitó la capital alemana en 1990.

La descomposición del Pacto de Varsovia era ya un hecho consumado.

## EL FAROL QUE DERROTÓ AL COMUNISMO

¿Y saben lo más gracioso de todo? Pues que todo era, en buena medida... un farol. Jamás se llegaron a gastar esos 800.000 millones de dólares que, según algunos informes, hacían falta para desarrollar la Iniciativa de Defensa Estratégica anunciada por Ronald Reagan. Al final, los desarrollos fueron mucho más modestos. Y mucho más baratos: 30.000 millones a lo largo de diez años.<sup>5</sup>

¿Había fracasado aquel proyecto de desarrollo? No. Simplemente, nunca había habido intención real de llevarlo a cabo.

Como contó hace un par de años el periodista americano Seymour Hersch,<sup>6</sup> haciéndose eco de lo que le dijo en su día un alto oficial del ejército americano:

Las historias publicadas acerca de nuestro programa de Guerra de las Galaxias estaban llenas de desinformación y obligaron a los rusos a exponer a sus agentes durmientes dentro del gobierno de los Estados Unidos, al ordenarles que hicieran un intento desesperado para averiguar lo que Estados Unidos estaba haciendo. (...) Nadie en el Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos se creyó nunca que se fuera a construir esa denominada Guerra de las Galaxias.

---

<sup>5</sup> Lesley Kennedy, «Why Reagan's 'Star Wars' Defense Plan Remained Science Fiction», *History.com*, 22 de enero de 2019. Véase <https://www.history.com/news/reagan-star-wars-sdi-missile-defense>

<sup>6</sup> Seymour M. Hersch, «The Vice President's Men», *London Review of Books*, vol. 41 n. 2, 24 de enero de 2019.

Pero si conseguimos convencer a los rusos de que Estados Unidos iba a poder sobrevivir al primer lanzamiento de misiles, teníamos ganada la partida.

Todo había sido un bluf, destinado a engañar a los rusos, a forzar su rendición.

Ronald Reagan no era ya presidente en el momento de caer el Muro de Berlín: había dejado su puesto el 20 de enero de 1989, tras cumplir dos mandatos en la Casa Blanca. Así que le correspondió a su sucesor, George Bush padre, que había sido vicepresidente de Reagan, el honor de ver colapsar el bloque soviético.

Pero fue seis años antes, durante la presidencia de Reagan, cuando se concibió y se puso en práctica aquel farol glorioso que derrotaría al comunismo. Y gracias a esa jugada maestra de Reagan, en aquel año de 1989 se puso fin a la Guerra Fría, desapareció el Pacto de Varsovia y se alejó definitivamente el temor a un holocausto nuclear que acabara con la especie humana.

Ese año de 1989 cambió, efectivamente, la historia del mundo, tal como Reagan había predicho en su discurso del 23 de marzo de 1983. Y la cambió en más de un sentido.

Como nota al margen, en aquel año de 1989 se producía también la masacre de Tiananmén, la primera visita de un jefe de Estado soviético a China, la publicación del artículo científico que dio lugar a la World Wide Web y el lanzamiento de la consola Game Boy de Nintendo.

## GRANDES ESPERANZAS... FRUSTRADAS

Si en 1990 nos hubieran preguntado a los que vivimos aquella caída del Muro qué preveíamos que iba a pasar, la mayoría hubiéramos

mos apostado por un futuro luminoso. La derrota de la Unión Soviética en la Guerra Fría significaba, o eso creíamos, el triunfo del Occidente democrático frente al totalitarismo comunista. Tres años después de la caída del Muro, Francis Fukuyama publicaba su famoso ensayo *El fin de la historia*, en el que ponía negro sobre blanco esas esperanzas, sosteniendo la tesis de que la lucha de ideologías había concluido con la victoria inapelable del liberalismo democrático.

¡Qué equivocados estábamos los optimistas!

Treinta y tres años después de la caída del Muro, lo que vemos es que el autoritarismo sigue instalado en Rusia; que las democracias occidentales son más débiles que nunca, inmersas como están en una cruenta guerra civil ideológica; que el sueño europeo se cae a pedazos; que grandes corporaciones transnacionales acumulan cada vez más poder, hasta el punto de atreverse a someter a censura al propio presidente de Estados Unidos y que China, la China comunista, se ha convertido ya en la segunda potencia más influyente del mundo, si no en la primera.

El liberalismo democrático está en declive, el populismo de corte comunista controla ya casi toda Sudamérica, y la amenaza de una dictadura global es más real que nunca, especialmente a raíz de una pandemia que nos ha dejado ya (en el momento de publicarse este libro) más de seis millones de muertos y que ha reforzado las ambiciones imperialistas de una China que ve cómo Occidente trata desesperadamente de no ahogarse en la crisis provocada por el Covid-19.

En agosto de 2021, casi como remate de ese incomprensible camino de perdición, vivíamos con asombro el increíble espectáculo de la humillante retirada americana de Kabul. De nada habían servido tantos años de esfuerzos, tanto dinero invertido y tantas vidas sacrificadas: Afganistán volvía a caer en manos de un movimiento teocrático al que una coalición occidental había conseguido sacar

del poder veinte años atrás. Un grupo de fanáticos mal armados y peor organizados había conseguido derrotar a la mayor potencia del mundo.

Kabul se erigía así en el alfa y el omega simbólicos de ese paréntesis de optimismo generalizado. En 1989, mientras el Pacto de Varsovia se descomponía, la Unión Soviética consumaba también su retirada de Afganistán, después de diez años de guerra. Treinta y dos años después, en 2021, Estados Unidos hacía lo propio, después de veinte años de conflicto bélico.

Pero ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

Este libro pretende ser la crónica de una perplejidad. La de alguien, yo, que a punto de cumplir sesenta años ve cómo todo lo que le parecía positivo, lógico e inevitable se derrumba.

La de alguien que ve que el liberalismo democrático, lejos de triunfar, está perdiendo la partida frente a todo tipo de totalitarismos, de nuevo y de viejo cuño.

La de alguien que ve que los derechos humanos alumbrados por Occidente ceden cada vez más terreno ante supuestos derechos colectivos, retro trayéndonos a las épocas más oscuras de nuestra historia.

La de alguien que ve que la Europa de la razón impulsa ahora desde sus propias instituciones todo tipo de teorías anticientíficas, como parte de un proyecto cada vez más siniestro de ingeniería social.

La de alguien que ve que cada vez se arrebatan más poder a los ciudadanos para entregárselo a élites no sometidas a control democrático ninguno.

La de alguien que ve que los organismos supranacionales, nacidos para fomentar la cooperación pacífica entre naciones, se han convertido en altavoces y valedores de todo tipo de dictaduras, por muy criminales que sean.

¿Qué demonios ha podido salir tan mal? ¿Cómo es posible que todas las esperanzas hayan quedado así defraudadas? ¿Cómo es

posible que la victoria del liberalismo democrático se haya convertido, en solo tres décadas, en una derrota en toda regla?

Parafraseando a Vargas Llosa, ¿cuándo se jodió Occidente?

## UN ERROR DE PERSPECTIVA

En realidad, Occidente no se «fastidió» en ningún momento. El problema es que nosotros, los optimistas, partíamos de una concepción equivocada: esa tendencia tan humana a pensar que a la larga ganan el bien y el progreso, cuando a la historia no le importan ni poco ni mucho el bien o el mal, el progreso o el regreso.

Pensamos que Occidente se «fastidió» porque considerábamos, equivocadamente, que había algo que fastidiar, que Occidente estaba ya encarrilado hacia un futuro de prosperidad y libertad. Y si Occidente estaba ya encarrilado, es lógico pensar que algo había tenido que venir a descarrilarlo.

Pero no había ningún carril. Occidente no estaba encarrilado hacia ninguna parte. Todo era un malentendido.

Para empezar, la lucha entre el bloque soviético y un Occidente liderado por Estados Unidos nunca fue una lucha ideológica: era una lucha de intereses nacionales. No es verdad que Occidente buscara el bien del mundo exportando la democracia y la libertad: durante las décadas de la Guerra Fría, Occidente no vaciló en apoyar a dictadores sanguinarios y a regímenes feroces por todo el mundo, siempre que sirvieran como dique de contención frente a la expansión soviética. Como tampoco vaciló Occidente en patrocinar golpes de Estado contra regímenes democráticos que amenazaban con sacar a tal o cual país de la órbita de influencia americana. Solo ha habido una época en la que Occidente pareció entender que democracia y libertad económica van asociadas y que el triunfo de ambas podía ser un arma para derrotar al Imperio soviético: la época de Reagan.

La figura de Ronald Reagan se asocia normalmente con la derrota del bloque soviético y la revitalización de la economía liberal, pero hay una faceta de su labor como presidente al menos tan importante como las anteriores: su posición diplomática con respecto a Iberoamérica.

Antes de Reagan, y hasta finales de la década de 1970, la política estadounidense en Iberoamérica había consistido en garantizarse regímenes afectos en toda el área, sin importar su carácter democrático o su respeto por los derechos humanos. Iberoamérica era uno de los frentes de batalla de la Guerra Fría contra el Imperio soviético y si había que implantar dictaduras militares para impedir una nueva Cuba, se implantaban.

Al llegar Reagan al poder en 1981, todo el Cono Sur americano, Brasil y buena parte de Centroamérica eran dictaduras militares.



*Ilustración 4. Iberoamérica antes de la llegada de Ronald Reagan al poder.*

Al dejar Reagan la presidencia en 1989, tras finalizar su segundo mandato, todos esos regímenes habían efectuado la transición hacia la democracia, con la excepción de Chile, que lo haría al año siguiente.



*Ilustración 5. Iberoamérica al dejar Reagan la presidencia.*

Reagan convirtió la Guerra Fría contra la Unión Soviética en una guerra ideológica (al menos aparentemente), patrocinando la transición hacia regímenes democráticos y ganando con ello la supremacía moral. Pero ni Reagan dejó de defender los intereses económicos de Estados Unidos, ni la época de Reagan dejó de ser un paréntesis.

Un paréntesis, eso sí, que nos llevó al equívoco de creer, tras la caída del Muro de Berlín, que la democracia liberal había ganado al

comunismo. Nada de eso: simplemente, el Imperio soviético había colapsado y Estados Unidos había triunfado en la lucha por las esferas de influencia.

## LOS BUENOS GANAN, O NO

Ese tipo de optimismo antropológico, que piensa que la historia camina indefectiblemente hacia «delante» (signifique eso lo que signifique) es muy propio de ciertas religiones y de ciertos movimientos políticos. Un comunista convencido, por ejemplo, contemplará la historia como algo en perpetuo desarrollo, pero que está destinado a terminar en una sociedad sin clases (previo paso, por supuesto, por la dictadura del proletariado). Para quienes tienen ese tipo de convicciones, para los creyentes, hay algo (un poder superior, una regla universal) situado al margen y por encima de la historia, y que obliga a esta a seguir un curso más o menos lineal de desarrollo hacia algún tipo de paraíso. Enfrentados a un mundo problemático, los creyentes (religiosos o políticos) invocan la esperanza de un poder o principio superior que terminará poniendo orden en el mundo.

Y es en ese tipo de trampa en el que caímos quienes vivimos esa década prodigiosa de los ochenta que condujo al avance de la democracia en Iberoamérica y al colapso del Imperio soviético: cegados por el espejismo de la era reaganiana, pensamos que la historia caminaba en línea recta hacia el progreso; que los países debían ineluctablemente terminar abrazando la democracia y la libertad de mercado; que al final de la senda nos esperaba el paraíso de un planeta lleno de países libres, prósperos y en paz.

De hecho, Francis Fukuyama consideró que el paraíso ya había sido alcanzado; de ahí el título de su ensayo: *El fin de la historia*.

Pero los creyentes de la democracia liberal estábamos tan equivocados como los creyentes de la utopía comunista. Porque la historia no fluye hacia «delante». De hecho, no fluye hacia ninguna parte. Y basta con mirar a Iberoamérica para comprobar el extraordinario retroceso.

Treinta y tres años después de la caída del Muro, veinte años después de que la revolución reaganiana llevara la democracia a numerosas naciones iberoamericanas, la democracia está en franca retirada. Venezuela se ha unido al club de las dictaduras comunistas, mientras que cada vez más países iberoamericanos caen en el populismo bolivariano, alineado con el eje La Habana-Caracas.

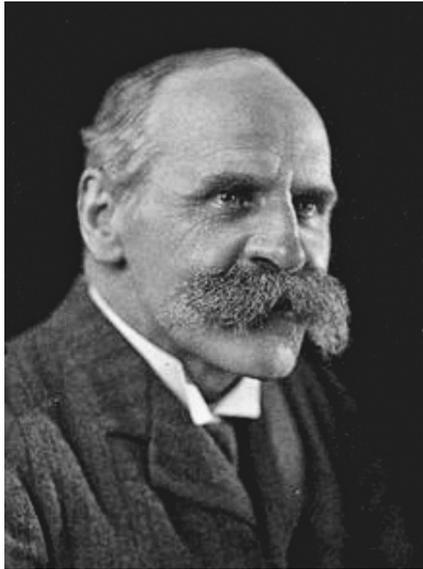


*Ilustración 6. Iberoamérica treinta y tres años después de la caída del Muro.*

## A DIOS LE GUSTAN LOS ESCARABAJOS

John Burdon Sanderson Haldane era un marxista convencido. Se afilió al Partido Comunista de la Gran Bretaña en 1942. Abandonó el partido ocho años más tarde, supuestamente decepcionado con el rumbo de la Unión Soviética. Sin embargo, en 1962 continuaba escribiendo sobre Stalin que «fue un gran hombre que hizo un gran trabajo».

El que fuera subdirector del servicio de inteligencia británico MI5, Peter Wright, afirma en sus memorias que Haldane era un espía al servicio de los rusos, ante quienes respondía al nombre en clave de *Intelligentsia*.<sup>7</sup> Haldane murió en 1964.



*Ilustración 7. El biólogo John Burdon Sanderson Haldane.*

---

<sup>7</sup> Peter Wright, *Spycatcher: The Candid Autobiography of a Senior Intelligence Officer*, Ed. Penguin Viking, 1987.